

con sus espaldas como en las espaldas de  
los desolados.  
Vosotros que en las espaldas de los descubridores  
estis sembrados, estas palabras que no se  
me dan a la palabra de la tierra y no se  
muestran espaldas de la tierra con estas  
la tierra de la tierra para que se vea la tierra  
dibujada.  
Así en las espaldas de los descubridores a que  
señalan el tiempo de la tierra.

# BULNES A ESPALDAS DE JUAREZ.





## CAPITULO PRIMERO.

SUMARIO.—Como nacieron las ideas de intervención y de imperio y quienes trajeron á la República el Imperio.—León Tolstoy y la guerra.

En la balanza europea pesaba mucho el poder americano y en la de potencias de instituciones monárquicas, la substancia específica del republicanismo.

Desde que Washington por boca de Monroe había dicho «América para los americanos,» el poder europeo había recibido el golpe de «las puertas á la cara» en materia de dominación por cuanto al continente americano.

En México no habían podido aclimatarse ni el retroceso ni la monarquía; el pueblo quería ir adelante y encontraba que el cetro de los reyes le estorbaba. Esto no obstante que era la opinión de la gran masa nacional, no dejaba de tener resueltos antagonistas que aspiraban á derrocar la República y entronizar la monarquía.

La cuestión de sistema de Gobierno se había hecho hasta cuestión religiosa; á los conservadores, que eran los monárquicos, se les llamaba religiosos; á los liberales, que eran los republicanos, se les llamaba ateos.

La República, sin embargo, cayendo y levantando desde 1810, mantenía el fuego sagrado de la Democracia. Iturbide no hizo más que una intención, probó si era de esperarse la estabilidad del trono para él; nos creyó bastantemente estúpidos para tragar la píldora de su fárrago de Iguala, al cual tuvo el descaro de llamar *plan libertador*, como si dar garrote á la soberanía nacional fuera redimirla. Pero la raza Mangino (la turba de coronadores de Iturbide,) no desmayaba, no obstante la terrible y cruenta lección de Padilla; y no solamente creo que no desmayaba, sino que antes acrecía el entusiasmo de tentar otra vez si la monarquía pudiera cimentarse. De allí fué que no quitaran el dedo del renglón y que como quien dice, en secreto, propagarán sus deseos de un nuevo ensayo monárquico.

Estas aspiraciones é intentos, naturalmente que se aumentaban á medida que la democracia se alzaba ante ellos más airosa y amenazante. A Iturbide pusieron el alma en descanso la Legislatura de 24 y el nunca suficientemente glorificado Don Felipe de la Garza; y á su *alteza serenísima*, Antonio López de Santa Ana, Juan Alvarez é Ignacio Comonfort.

Mas por una de las tantas y terribles ironías del destino, Comonfort abrió las puertas de las patrias instituciones á la más alta y gloriosa de las democracias, promulgando el sublime pacto fundamental de 57 para cerrar después esas mismas puertas á toda marcha de progreso. ¡Oh! pero el destino, volvemos a decir, se había reído irónicamente de Comonfort, no menos que la libertad se había enfadado de tener frente á frente á *enclenques fan-*

*farrones*, como Agustín de Iturbide y Antonio López de Santa Ana.

Por eso fué que Comonfort, volviera al centro que había combatido, á la retrogradación. Por eso fué que, después de haber llevado el lábaro de Ayutla hasta el altar de la emancipación, para tornarlo en la gloriosa bandera de 57, volvía espaldas, causaba defección y encabezaba las huestes del retroceso de la traición y de la monarquía.

Desde entonces la aspiración y el movimiento de los reaccionarios fueron más patentes y crecidos en pro de un cambio de gobierno, diré mejor de sistema de Gobierno, paliándolo con la aparente aceptación de la forma republicana.

Desde entonces Comonfort fué barrido como para significar que ni con todo el poder de que era poseedor, ni con toda la hipocresía de los traidores á la Constitución de 57, ni con todo el oropel de los notables de carnaval, ni con toda la labia de las transacciones, podría una marcha de conversión al pasado, detener el empuje del pueblo mexicano, hácia á los ideales de la libertad y del adelante. Desde entonces, el destino, declaró algo parecido á un irrevocable designio representado por un hundimiento, el de Comonfort; y por una exaltación, la de Benito Juárez; ésto es, que la reacción y la monarquía caerían y que el progreso y la república prosperarían.

De la lucha por la Constitución de 57, y de la lucha por la reforma, resultaba naturalmente la exacerbación de las pasiones, la exaltación de los ánimos, el levantamiento de los impulsos, y el efectivo trabajo sin descanso de los reaccionarios, los conservadores y el clero para cambiar decididamente la forma de Gobierno; la República los arruinaba, era necesario y lógico buscar un amparo, un refugio, una salvación, no en la República, sino precisamente en su adversario, la monarquía.

De esa aspiración y de los consiguientes fantasmas de los ambiciosos resultó que Gutiérrez Es-

trada, Almonte, Hidalgo, Labastida, el Padre Miranda, Miramón, Zuloaga y mil y mil reaccionarios llevaron activamente á Europa la idea de intentar el establecimiento de una Monarquía en substitución de la República. Algunas naciones de Europa, entre ellas Inglaterra, España y Francia, celosas como toda Europa del ensanchamiento de América y de las sacudidas de las cadenas opresoras que noblemente habían hecho muchos pueblos para constituirse en república; y queriendo por otra parte saber ellas, (las naciones europeas) á que atenerse por cuanto la *doctrina Monroe*, y siéndoles favorable la situación de Estados Unidos, por su guerra intestina, cedieron á las instigaciones de los monarquistas, lo mismo que á las sugestiones de su política experimental sobre la teoría del Coloso del Norte, por cuanto á no permitir ni establecimiento de dominio ni de intento alguno que pusiera en peligro la libertad de América.

De ahí vino que las potencias ya dichas, Inglaterra, Francia y España, echaran una cana al aire, como aquel tonto, (no tan tonto) del que cuenta el cuento que se puso á pezcarse con machete diciéndole «*quien quita y pase y se ensarte.*»

Pero toda aquella sarta de tonterías bulnesianas de que venían á salvar á la raza latina de la absorción de la raza sajona, son *fantochadas* que no cuellan lo mismo que la afirmación de Bulnes de que el establecimiento de la monarquía no fué aspiración de los conservadores, sino exigencia impuesta por Napoleón III. La Monarquía en México, no fué aspiración de la mayoría de los conservadores sino de su unanimidad.

Lo de la absorción de la raza latina por la anglosajona, no tiene chiste como problema viológico: *¿á dónde vas Vicente? á donde va la gente: ¿á donde irán los pequeños? á donde los grandes quieren que vayan.* En el mundo no hay más que antropofagia; la carne se come á la carne, el pez chico se come al pez grande; los pueblos que han

de comerse á otros pueblos, tienen fauces *ad hoc*, dadas por la naturaleza y por Dios. Si Rusia no se ha comido al Japón, es porque éste no ha llegado á ser aun para Nicolás II *bocato di cardinali*; las circunstancias han pretendido servir á Rusia plátano de Japón, cuando Rusia no tiene aún hambre; golosina y alimento no son una misma cosa. Hay más todavía, la antropofagia es necesaria, es indispensable, es natural, es filosófica, es salvadora.

León Tolstoy es un gran cristo judío, diremos mejor, es el Jesucristo Ruso; ¡quiero que desaparezca la guerra! ¡Jesucristo quizo hacer impecables á los hombres! «¡Si os dan una bofetada en la mejilla izquierda presentad la derecha!» pero nada, los hombres no presentamos las mejillas sino los puños: así León Tolstoy, hace guerra á la guerra.

La guerra es la destrucción universal por y para la conservación universal. La guerra, en general, es una fuente de vida precisamente porque es la realización práctica de la muerte: sin destrucción no hay conservación; sin defunciones no hay nacimientos; los nacimientos vienen de las defunciones y las defunciones de los nacimientos: para nacer muchos, necesitan morir muchos.

La actividad universal tiene una fórmula cuyos términos podemos decir que se bifurcan en la destrucción por la conservación y la conservación por la destrucción; estos términos llegan á una unidad que es ésta: *la guerra*. Los hombres se hacen guerra, los pueblos se hacen guerra, las Naciones se hacen guerra, los animales se hacen guerra, las plantas se hacen guerra, los minereles se hacen guerra.

Y es claro, guerrear es cumplir con el destino providencial. El fuego perpetuo es la destrucción perpetua; la luz perpetua es la destrucción perpetua: millones de millones de calorías y millones de chispas acusan millones de millones de combates.

La gran vida necesita del gran pasto y el gran pasto es la guerra.

¿Qué es la combustión si nó una guerra? ¿Qué es la iluminación si nó una guerra? ¿Qué es la nutrición si nó una guerra? ¿Queréis ver la guerra en la combustión? cojed el microscopio del estudio y con él descubriréis ejércitos de moléculas inflamables chocando con moléculas ya en ignición; las unas pugnan por arder y las otras por insinerasse.

En la iluminación pasa lo mismo; átomos encapuchados, vegetales encortezados con tiniebla, ejércitos de topos se precipitan á paso de carga sobre millones de cocuyos, de luciérnegas, de chispas, de antorchas; hay trueque de papeles, los unos van á alumbrar, los otros á obscurecer; los muertos sombríos, van á tornarse en vivos resplandecientes y al contrario, los vivos que fulguran van á convertirse en cadáveres, en esqueletos y hasta en momias de tiniebla.

La nutrición es un despojo á mano armada: el tendón, la celdilla, la arteria, la vena, la glándula, el músculo, el hueso, la médula, etc., etc., son otros tantos fuertes; allí se parapeta lo perjudicial, lo deletéreo, lo inútil, lo estorbo y lucha con los valientes soldados de la renovación que entran á saco y á fuego y sangre, para sostener el combate más terrible y difícil, el de lo vivo contra lo muerto.

Es necesario entender las cosas con la filosofía que ellas tienen: la verdadera muerte no es la guerra sino la carencia de ella.

Como hemos dicho, pues, los vencidos, los retrógrados, los conservadores, el clero y los anti-constitucionalistas, buscaron la manera de salvarse, quiere decir, de triunfar. Seguros como estaban de no poder *solos* con el partido liberal, ocurrióseles buscar compañeros, aliados, aun cuando con esa alianza se desgarraran la fidelidad de la Patria y el honor Nacional.

Y qué hicieron? lo que ya todos conocemos, solicitar, pedir, mendigar una ayuda, una intervención; pero intervención para triunfar ellos, quiere

decir, para cambiar de sistema de Gobierno, para derribar nuestras instituciones.

Por fin los anhelos de los monarquistas mexicanos y la política experimental de las *tres* potencias, dieron principio á la tragedia intervencionista; subió el telón y en el escenario de Veracruz aparecieron Inglaterra, España y Francia.

---

## CAPITULO SEGUNDO.

---

SUMARIO.—Que hicieron las potencias aliadas al presentarse en Veracruz.—Su manifiesto.—Crítica de este documento.—Ideas que produjo y sentimientos que desarroyó.—Ultimatum de los aliados y contestación del Gobierno de Juárez.

---

El día 10 de Enero de 1862, los enviados lanzaron á la República el siguiente manifiesto:

### MEXICANOS:

"Los representantes de Inglaterra, España y Francia, cumplen un deber sagrado dandoos á conocer sus intenciones desde que han pisado el territorio de la República.

"La fé de los tratados quebrantada por los diversos Gobiernos que se han sucedido entre vosotros; la seguridad individual de nuestros compatriotas amenazada de continuo, han hecho necesaria é indispensable esta expedición.

"Os engañan los que os hacen creer que dentro de tan justas y legítimas pretensiones, vienen en-